

Piquer Viniegra, Gretel, *En los márgenes de la Edad de Plata. Realismo mágico en Asturias. 1920-1937*, Fundación Museo Evaristo Valle, Gijón, 2022.

Juan Carlos Aparicio Vega
Universidad de Oviedo (España)

Este cuidado volumen es el resultado de la investigación llevada a cabo por la doctora Gretel Piquer, buena conocedora del arte asturiano que transita y evoluciona entre el último tercio del siglo XIX y la primera mitad de la siguiente centuria. Ello le llevó a fijarse en la fértil y poliédrica etapa de entreguerras, en que confluyeron varias vetas creativas, con idas y venidas incluidas. En su exploración descubrió a través de un exquisito elenco de obras y autores, paulatinamente acrecentado, un vínculo que hasta ahora pasó desapercibido y le condujo a una verdadera exposición de tesis: los ecos del realismo mágico en los artefactos del arte producidos en el territorio asturiano a caballo entre la tercera y cuarta décadas del pasado siglo. La circulación del célebre libro de Franz Roh sobre este movimiento, gracias a la traducción promovida por la editorial de *Revista de Occidente*, permitió que el realismo mágico y su influencia directa penetraran en estos artistas.

Piquer parte, para trazar una genealogía del arte de este periodo y contexto concretos, del buen momento en que ya se encontraba el asentado núcleo artístico asturiano, como un claro eco de la poderosa industrialización vigente que vino acompañada de un auge comercial bien desplegado. La región vivía, en consecuencia, justo hace un siglo, un ciclo cultural fulgurante, habiendo cristalizado en tan apartada estación norteña un sólido periplo intelectual trazado desde el mismo momento del traspás colonial del 98 y que concluiría con el desbaratamiento del legado de la generación del 27 en el marco de los sucesos revolucionarios de 1934 y la casi inmediata guerra civil. Así, la Universidad de Oviedo, bien visible a través de su pionera Extensión Universitaria, y los ateneos y círculos burgueses y obreros sostenían una actividad vibrante de notoria calidad. Y ahí, nuestros artistas, entre conferencias, conversaciones de café, lecturas y exposiciones, tejieron importantes redes que los conectaron con lo que ocurría fuera.

La muestra *En los márgenes de la Edad de Plata. Realismo mágico en Asturias, 1920-1937*, abierta en la Fundación Museo Evaristo Valle de Gijón entre septiembre de 2022 y febrero del presente año, reunió un magnífico conjunto de obras de arte, mayoritariamente pinturas, aunque también esculturas, fotografías, dibujos, estampas, libros y documentos, que ahora perpetuada en el presente catálogo evidencia que la comisaria logró componer una nueva página de la historiografía artística asturiana. En su arriesgada y sólida propuesta, bien fundamentada teóricamente y sostenida en un nutrido aparato crítico, sumó hasta 39 piezas provenientes de diferentes museos y colecciones públicas y privadas entre las que están el Museo de Segovia, la Casa Museo de Vaquero, el MAS de Santander, el Museo de Bellas Artes de Asturias, el Museo Casa Natal de Jovellanos y la Fundación Alvargonzález, entre otros. Muchas de las creaciones expuestas son obras maestras de la pintura asturiana, que entonces alcanzó finalmente su cénit y demostró estar al día de lo que acontecía en Madrid.

En cuanto a los autores representados y comentados, aparte de la conmovedora *Faena del carbón* (c. 1925) de Evaristo Valle (1873-1951), en que la propia autora es la máxima especialista, estaban Mariano Moré (1899-1974) y Nicanor Piñole (1878-1978), ambos con dos de sus mejores trabajos pintados en la década de los años veinte. Sobrecoge la contraposición del *Niño de la Cuenca* (c. 1927) de Moré, visto por vez primera en el Ateneo Obrero de Gijón, con el *Encuadernador y su telar* (1934) de otro destacado pintor, Paulino Vicente (1899-1990). Estos dos creadores tuvieron su primera oportunidad personal el año 1921 en la bien programada sala del Ateneo Obrero de Gijón, luego incautado en 1937. En cuanto a Piñole, uno de los lienzos más rotundos de su extensa producción, *Bazar o vida gris* (1929) convive con los de Ana Pallares (1908-1984), Luis Pardo (1910-2000) o los malogrados Alfredo Aguado (1905-1930) y Obdulia García (1908-1942), que hace tiempo recuperó el artista e investigador Ramón Rodríguez, representando al activo foco avilesino, entonces beneficiado por la labor continuada del crítico José Francés, quien llegó a abrir una delegación local de la Sociedad Española de Amigos del Arte. Además, cualifican el discurso expositivo otras grandes voces de la pintura española del periodo por diferentes motivos vinculados a Asturias, como Cristóbal Ruiz (1881-1962), Roberto Fernández Balbuena (1890-1966), Timoteo Pérez Rubio (1896-1977) y Joaquín Vaquero (1900-

1998), acompañados de José Gutiérrez Solana (1886-1945), autor central que ha sido revisado por Nacho Ruiz en una novísima biografía editada por Pombo, con un par de aguafuertes que evocan su presentación en el Ateneo gijonés durante el convulso otoño de 1934.

Y entre los escultores propuestos como adscritos en mayor o menor medida a esta corriente están dos artistas antagónicos: Antonio Rodríguez Antón (1911-1937) y Faustino Goico Aguirre (1905-1987), cuyas prometedoras carreras fueron igualmente cercenadas en los años treinta. Sobresalen por su modernidad los trabajos en el campo de la fotografía de Arturo Truan (1868-1937), perteneciente a una saga de artistas y técnicos industriales asentados en Gijón desde el siglo XIX. Precisamente la muestra y su catálogo evidencian la personalidad del núcleo artístico gijonés, que lograba así, sin apenas una tradición previa, consolidarse partiendo del amplio ciclo temporal de la Restauración Borbónica, momento en que un nutrido número de sus representantes se movían todavía en los parámetros de la llamada pintura realista propia del periodo de entresiglos. Así, cuando con gran retraso en Gijón se pintaban magníficos paisajes y escenas costeras (Ventura Álvarez Sala, Juan Martínez Abades) junto a panoramas concebidos aun en clave fundamentalmente naturalista, en las avanzadillas del arte y la literatura universal se canalizaba el descontento a través del decadentismo finisecular. Pensemos que la primera gran muestra colectiva de los pintores gijoneses no tuvo lugar hasta el verano de 1915 en el Club de Regatas y ahí estaban los viejos con los emergentes, llamados a renovar la mirada y en muchos casos ya coincidentes con los que nos ocupan ahora.

La calidad de las obras seleccionadas manifiesta que el panorama del arte español y asturia-

no de este tiempo fue muy rico en referencias y aún debe ser más expuesto y divulgado, algo que no se refleja adecuadamente en nuestros museos. Algunas piezas ahora recuperadas estuvieron en importantes exposiciones nacionales como la de 1932, en plena eclosión del *arte nuevo*.

En el arco cronológico de que tratan la exposición y el libro, se demuestra que el circuito local de las artes había madurado y nuestros artistas se vieron influidos por una corriente cultural próxima a ellos. Para lograrlo ya se contaba con varias generaciones de creadores, que, interrelacionados en activas tertulias (*La Claraboya*), eran presentados en galerías prácticamente profesionales (*Masaveu y Piquero*) donde podían exponer y vender cuadros.

En definitiva, el relato incluido en esta esmerada publicación, organizado en seis episodios diacrónicos que recorren más de una década y media, contribuye a dar valor a un hecho central del arte español de la edad de plata, que repercutió convenientemente en la región asturiana, cuyo caso ayuda a fijar de un modo novedoso, dando más mimbres y sentido para afianzar el discurso que habrá en el futuro museo local que está previsto abrir en la antigua Tabacalera. Allí deberá contarse con mimo la fascinante historia del núcleo artístico gijonés (pintura, escultura, fotografía, artes industriales y gráficas), dotado de una especial singularidad en el panorama norteño español. Prueba de la calidad alcanzada es el emotivo cierre de la muestra, un lienzo aún muy desconocido incluso para los aficionados a nuestra pintura: el impactante buque *Cervera* aniquilando todo, en plena acción de guerra, ejecutado por Nicanor Piñole. En suma, un doloroso epígono y desenlace para la guerra civil en Asturias, concluida en octubre de 1937, precisamente con la toma de Gijón.